

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Obsequiado ricamente – Salmo 65

(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Obsequiado ricamente – Salmo 65 (12 días)

Día 1

Sal. 65:1-13

El Salmo 65 nos presenta a David en íntima y confiada conversación con su Dios: “Tú oyes la oración ... tú perdonas las rebeliones ... tú permites que me acerque a ti ... tú eres la esperanza de todos”. Según las diferentes traducciones encontramos en este salmo ese hablar directo y personal a Dios doce o catorce veces. Cada frase contiene una descripción especial acerca de Dios, que también para nosotros es importante. (Lea Sal. 16:2,11; 18:36; 40:11,17; 66:10-12.) Mientras que David se concientiza en el obrar de Dios, se le abre delante de él un amplio horizonte. Él alaba a Dios por su poder creador. Al mismo tiempo reconoce que este Señor omnipotente otorga a su pueblo una rica cosecha. Pero no solo las dádivas externas ocupan el centro de su adoración. David agradece también por las bendiciones espirituales, por respuesta a sus oraciones, por el perdón de pecados y por la comunión con Dios.

¡Qué bueno sería, si hoy nos tomásemos un tiempo, para alabar a Dios, como el dador de estos dones, como lo hizo David! Agradecemosle por su hermosa creación y su fiel cuidado. ¿Qué bendición espiritual puso Dios en el último tiempo en mi vida? Quizás la siguiente observación es también mi experiencia: Si llego en mi oración con agradecimiento a Dios, encuentro la salida de dar vueltas alrededor de mi mismo, de crisis y problemas, que aparecen insolubles delante de mí y me atrapan. Yo encuentro una nueva perspectiva, que me deja estar tranquilo en medio del caos y de las exigencias. Nuevamente descubro, cuán amparada y segura está mi vida en el mundo que Dios creó de manera tan maravillosa. Estamos invitados de repetir las palabras de David o elegir propias, para expresar nuestra felicidad por nuestra comunión con Dios. “Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido”. (Sal. 63:8; lea Sal. 103:1-13; 8:1-10).

Día 2

Sal. 65:1; 62:1,5-8

David comienza su canción de alabanza con las palabras: “Tuya es la alabanza en Sion, oh Dios, y a ti se pagarán los votos”. En otra traducción leemos: “Silencio habrá delante de ti, y alabanza en Sion, oh Dios; y a ti se cumplirá el voto”. (Biblia de las Américas)

“Se podría traducir este versículo también así: En silencio ceremonial te adoramos, Señor, porque no sabemos cuál es la mejor manera de alabarte. Nuestro silencio es alabanza. Cuando nuestro corazón está lleno de profunda adoración, sentimos, que nuestras mejores canciones no son suficientes para el Señor en su gloria y bondad. Una iglesia que se inclina ante el Señor en silenciosa adoración, porque siente la profundidad de Su misericordia, entrega al Señor mucho mejor alabanza que las bellísimas voces e instrumentos puedan expresar, sin la experiencia interior. ... Es importante afinar las cuerdas del corazón, antes de cantar, sabiendo que las mejores canciones no alcanzan para alabar adecuadamente al Señor de la gloria“ (C. H. Spurgeon).

Muchas veces nos resulta muy difícil alabar a Dios en el silencio. A veces son las circunstancias que no nos permiten retirarnos en quietud interior. Las cuestiones de la vida cotidiana no nos dejan estar tranquilos. Sin embargo, vale la pena buscar y planificar tiempos precisos de quietud. De esta manera se nos libera nuevamente la visión por la grandeza y gloria de Dios, por Su amor y Su bendición. (Lea 1.Cr. 16:8-12; Sal. 95:1-7a.)

David siguió diciendo en su oración: “a ti se pagarán los votos (promesas)”. Algunas personas han prometido a Dios algo especial en una situación apremiante, y después lo olvidaron o lo reprimieron. Puede pasar que ya no podemos cumplir lo que le habíamos prometido. Entonces podemos pedir perdón a Jesús. Sin embargo, pueden haber votos o promesas, que aun hoy se pueden cumplir. Sin perder más tiempo lo deberíamos hacer. (Lea Sal. 22:25; 50:14; 116:1-19.)

Día 3

Sal. 65:1,2; 142:1-3

“Tú oyes la oración; a ti vendrá toda carne”. David nos alienta a llevar a Dios en oración tanto las cuestiones diarias, como también situaciones especiales. El salmista conoce el poder de la oración. “Respóndeme cuando clamo, oh Dios de mi justicia; cuando estaba en angustia, tú me hiciste ensanchar. ¡Cuántas veces ha experimentado la intervención de Dios estando en situaciones sin salida! Por eso testifica: “Sabed, pues, que Jehová ha escogido al piadoso para sí; Jehová oirá cuando yo a él clamare” (Sal. 4:1,3; lea Sal. 28:6; 31:22; 34:4-6). Tenemos un Señor todopoderoso, que escucha y responde. Con esta certeza podemos enfrentar el día de hoy. Esto nos ayudará a mantener una profunda tranquilidad, cuando estamos impotentes frente a una situación, cuando luchamos por solución en una cuestión complicada o cuando sufrimos por la presión del tiempo. Aunque el temor y el espanto nos quieran paralizar y sentimos toda nuestra impotencia – siempre podemos contactarnos con la “oficina central” en el cielo y pedir ayuda y guía de allí. Dios se ocupa de nuestras “pequeñeces” diarias de la misma manera que con las cuestiones revolucionarias de nuestro tiempo. Él sigue teniendo el control de todo, aunque no lo veamos (Lea Is. 30:18,19; 58:9; 65:24.)

“¿A quién o adónde se dirige usted, cuando le agobian las preocupaciones? Cuando algo inesperado le aflige, ¿a dónde se dirige primero, al teléfono o al trono de Dios? Yo tengo que ejercitarme conscientemente, acercarme enseguida a Dios con mis preocupaciones. Muy rara vez voy automáticamente al Señor, casi siempre tengo que usar mi voluntad y decidirme firmemente de hacerlo” (H. P. Royer).

Día 4

Sal. 65:3; Mi. 7:8,9,18,19

“Nuestras rebeliones tú las perdonarás“. David reconocía que en su vida había gran pecado que pesaba mucho sobre él. ¿Qué hacemos, cuando estamos conscientes de culpa? Podemos intentar de mantenerla con presión bajo el agua, como una pelota, y decir a nuestra alma: “No es tan tremendo, hoy cualquiera hace lo mismo“. Cada pecado podemos minimizar con palabras explicativas: “Yo lo hice con buenas intenciones“. También podemos echar la culpa nuestra a otros, para desviar la atención de nosotros.

Pero tales maniobras evasivas no ayudan y terminan en un callejón sin salida. Si reconocemos el pecado en nuestra vida y nos hacemos cargo de ello, experimentaremos como David la gran liberación: Tú perdonas nuestros pecados. “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1.Jn. 1:8,9; lea Pr. 28:13; Sal. 32:3-5; Tit. 2:11-14).

El hijo pródigo regresó del callejón sin salida de su vida hacia su padre: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti ... “ (Lc. 15:18,19). Esta confesión le permitió al repatriado vivir nuevamente en comunión en la casa de su padre. El padre le entregó de nuevo todos los derechos que le pertenecían como hijo. – Así actúa Dios en su gran misericordia hasta el día de hoy con aquel que se acerca a Él con su culpa. El perdón es lo mayor y lo más bello que podamos experimentar.

“Aquel, cuyo pecado ha sido perdonado, puede regocijarse. Aquel, al que le fue quitado su culpa, puede sentirse bien. Feliz es la persona, a la que el Señor ya no atribuye su transgresión” (G. Schnitter; lea Sal. 32:1,2; Ro. 4:6-8; Is. 6:5-7).

Día 5

Sal. 65:5; 73:1-17,28

“Con tremendas cosas nos responderás tú en justicia, oh Dios de nuestra salvación, *esperanza* de todos los términos de la tierra, y de los más remotos confines del mar”. Con estas palabras David señaló la dirección de su mirada. Él consiguió la *visión* correcta por la mirada a su Dios. “La fe sólida y la confianza esperanzada es el mejor fundamento para las zonas de mal tiempo de nuestra vida” (P. Hahne).

El salmista Asaf describió en el Salmo 73 una “zona de mal tiempo”. Él vio solo el bienestar de los impíos. Aparentemente ellos no tuvieron problemas. Ellos gozaban de muy buena salud, su vida la llevaron a cabo como si fuera un juego, además se mostraron muy arrogantes. En sus rostros se reflejaba la maldad e injuriaban con palabras cínicas. De Dios decían: “¿Cómo sabe Dios? ¿Y hay conocimiento en el Altísimo?” Seguros de sí mismos y sin congojas vivían cada uno de sus días.

Asaf observaba todo esto y se sentía muy oprimido. Casi hubiera fracasado con su fe en Dios. Cada día era un suplicio para él, tratando de entender todo esto. Sin embargo, le era imposible (v.2;14;16).

Pero, luego Asaf experimentó un cambio decisivo. Él entró al santuario de Dios. Allí llegó a comprender: lo importante es cómo termina la vida de los impíos (v.17). De repente vio nuevamente a su Dios. La situación no había cambiado, pero su visión era distinta.

Ahora él podía decir: “Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza, para contar todas tus obras”.

Si hoy usted quiere conseguir una nueva esperanza, usted puede hacer lo mismo que hicieron David y Asaf: quitar la mirada de las circunstancias dirigiéndose a Dios, y decir: “Porque tú, oh Señor Jehová, eres mi esperanza”. (Comp. Sal. 71:5; 91:1-9.) Debemos saber que: La mirada a Jesús nos da esperanza. (Lea He. 12:1-3; 2.Co. 12:10.)

Día 6

Sal. 65:6; 95:4

“Tú, el que afirma los montes con su poder, ceñido de valentía”. Muchas veces no contamos con el poder ilimitado de Dios y nos sentimos impotentes, desamparados y extraditados. En la Biblia encontramos muchos ejemplos en los que se presentan el poder invencible de Dios y Su soberanía. Estos nos deberían animar a poner toda nuestra confianza en la fuerza de Dios.

El joven pastor de ovejas, David, era completamente inferior frente al armado filisteo Goliat, no tenía armadura, ni espada, teniendo solo una honda y cinco piedras en su bolsa. Pero su confianza en el poder de Dios cambió totalmente la situación y le dio la victoria. (Lea 1.S. 17:4-11,32-37,40-50.)

Mas tarde era Saúl, el que intentaba matar a David de cualquier manera. La situación en el desierto de Zif era muy explosiva, pero Dios intervino desde el cielo (1.S. 23:14-28). En otra ocasión David y sus hombres se encontraron completamente indefensos y consternados frente a los amalecitas. Ellos habían conquistado la ciudad de Siclag, quemando todo y secuestrado las mujeres israelitas con sus hijos e hijas. La ira y frustración de todo el pueblo se dirigía contra David. Ellos querían apedrearlo. Pero David se refugiaba en su Dios. Esto le daba aliento y fuerza (1.S. 30:1-20).

De manera parecida actuó también el profeta Jeremías: “¡Oh Señor Jehová! He aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti” (Jer. 32:17; comp. 10:6).

A éste Dios, quien es superior a todo con su poder y soberanía, podemos acercarnos con nuestra impotencia y confusión confiadamente diciéndole: “Tú eres la fortaleza de mi vida, ¿de quién he de atemorizarme?” (Sal. 27:1b.)

Día 7

Sal. 65:7,8; Jer. 5:22

“El que sosiega el estruendo de los mares, el estruendo de sus ondas, y el alboroto de las naciones. Por tanto, los habitantes de los fines de la tierra temen de tus maravillas”. En nuestra vida diaria, parece a veces como si estuviéramos pasando por grandes turbulencias en el mar. Al mismo tiempo nuestro mundo es sacudido por tremendas crisis: la creciente destrucción de la creación, el terrorismo, atentados, familias y matrimonios destrozados, nuevas epidemias, crisis laborales y muchas otras cosas.

Pero en medio de todas las inseguridades y del temor, David nos descubre el secreto de superación de las crisis: él dirige su mirada a su Dios y reconoce que Él nunca está muy exigido. Tú sosiegas el estruendo de los mares”. (Lea Sal. 89:8,9; 93:3,4.)

Este Dios también es mí Dios. Yo puedo hablarle personalmente con toda confianza, diciendo: “tú sosiegas el alboroto” – en mí y alrededor mío.

El pastor C. H. Spurgeon escribió: “Dios puede cambiar el estruendo del mar y el alboroto inmediatamente en aguas tranquilas y sosegadas. El silencio viene del Dios de paz. No debemos temer a ninguna tormenta, cuando Dios viene ... Los pueblos son difíciles de dominar, como el mar. Son tan engañosos, inestables, inquietos e impetuosos. No es posible dominar a los pueblos con leyes y mandamientos. Los gobiernos no los pueden mantener dentro de los límites. Solo Dios es Rey sobre todos los pueblos. El mar le obedece y también los pueblos le tienen que obedecer ... En épocas en las que se disuelven las ordenes y domina la injusticia, los hijos de Dios se refugian en Aquel que sosiega el mar. Nada es difícil para Él”.

No debemos humillarnos en las tormentas y crisis, pero sí, bajo la mano de Dios (lea 1.P. 5:6). Nuestra oración puede ser: Señor, tú sosiegas el mar y las tormentas. Yo confío en ti. (Lea Mt. 8:23-27.)

Día 8

Sal. 65:8b; 1.S. 2:1

“*Tú haces alegrar* las salidas de la mañana y de la tarde”. “Del oriente al occidente *tú inspiras* canciones de alegría” (NVI)

¿Se refiere David con estas palabras de que no existe lugar en este mundo en el que las personas que le pertenecen, no puedan ser alegres? ¿Cómo es posible esto? ¿Acaso no experimentamos diariamente situaciones que nos oprimen o cuestiones pesadas, que nos frustran, nos aprietan y entristecen?

Nos desalentamos cuando una y otra vez fracasamos en lo mismo y el pecado sigue arraigado en nuestra vida. ¿Cómo podemos alegrarnos en las “zonas de mal tiempo”, cuando sentimos una depresión tras otra? Viéndolo humanamente, no es posible, más bien las circunstancias difíciles y fracasos nos voltean. Pero Dios nos quiere levantar. Con todo lo que nos conmueve y conmociona podemos acercarnos a Él confiadamente.

Por eso David acentuó la palabra “tú”: “¡tú haces alegrar!” Su certeza alegre se arraigó en la comunión con Dios. Él perdona nuestros pecados. Él escucha cuando clamamos a Él en situaciones sin salida. Él nos guía lejos de problemas, libera de ataduras y levanta a los oprimidos. Las circunstancias no tienen la última palabra, sino nuestra relación con Dios. Siendo personas que conocen a Jesús, podemos orar: “Señor Jesús, tú me das gozo”.

Jesús dijo a sus discípulos: “... estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Jn. 15:9-11). Él viene a nosotros como el Dios, que es la fuente de gozo. Este gozo se puede experimentar, aun sin sentirse alegre. Este gozo nos mantiene también en la angustia.

Pablo lo podía escribir desde la cárcel en Roma a la iglesia en Filipo: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Fil. 4:4; lea Sal. 66:8-12; Hch. 5:17-21,40-42).

Día 9

Sal. 65:9; Is. 27:2,3

“Visitas la tierra, y la riegas”. Hablando de la visita de Dios, David se refiere a la intervención divina de ayuda y sanidad. – “Yo Jehová la guardo (la viña), cada momento la regaré; la guardaré de noche y de día, para que nadie la dañe”. Solo así puede crecer el fruto y se puede recoger una buena cosecha.

Pensando en el sentido figurativo nos preguntaremos: ¿cómo Dios riega nuestra tierra? En el libro de Isaías, Él utiliza un cuadro de la creación, para mostrarlo: “Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Is. 55:10,11).

Aquí se declara la importancia de ocuparse diligentemente de la Palabra de Dios para nuestra fe personal. Solo de esta manera puede prosperar el crecimiento espiritual, solo así puede producirse fruto en nuestra vida. Aquel que lee regularmente la Biblia se lo compara con un árbol arraigado junto a la fuente que no se seca. “Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo y su hoja no cae” (Sal. 1:3; comp. Jer. 17:7,8).

¿Cómo encontramos en nuestro tiempo inquieto, un lugar y silencio para la Palabra de Dios? Alguien compartió una idea práctica: haciendo footing (correr un rato) ya no escucha música, sino partes de la Biblia. Esto producirá doble fitness (buena forma). Otra persona se anota los días domingo un versículo bíblico y lo lleva en toda la semana para memorizarlo y meditar en él.

En nuestro mundo de exagerada estimulación son de gran ayuda los párrafos cortos de la Biblia como también la memorización.

Día 10

Sal. 65:9; 2.Co. 9:8-10

“En gran manera la enriqueces; con el río de Dios, lleno de aguas”. El expositor bíblico Franz Delitzsch denomina a Dios como el “inagotable depósito de bendición”. El apóstol Juan habló de un río de bendición, de agua viva que alcanza hasta la eternidad (lea Ap. 22:1,2). Cada uno que busca la comunión con Dios, se relaciona con esta fuente singular de bendición.

Muchas personas piensan que vivir como discípulo de Jesús sería una limitación de las libertades personales, cómo una vida de continua renuncia. Algo unilateral en la orientación hacia Jesús es parte de la vida cristiana, pero la característica esencial del discipulado puede ser descrita por la palabra “abundancia”.

Jesús mismo explicaba a sus discípulos: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10). Con esto quiso decir, que Él quiere dar mucho más de lo necesario. Jesús quiere obsequiarnos abundantemente de sus riquezas. (Comp. Sal. 16:11; 78:15,16; 107:8,9; 112:1,3; Mal. 3:10.)

Fritz Woike (1890-1962) creció en situaciones muy precarias y sufrió por muchas enfermedades. Él compuso la siguiente canción, viendo su vida retrospectivamente:

“Has hecho mi vida muy rica, mi anhelo más ardiente llenaste tú. Cubriste todos mis pecados, junto a tu corazón encontré el descanso. Me diste paz tan profunda y rica y una alegría como la del río. Por eso eres mi salmo y mi canto de júbilo, el tono más hermoso y el sonido más querido. En la batalla tú has sido mi castillo y mi fortaleza, en la tormenta salvaje el lugar de descanso. Tú eres mi Salvador en toda aflicción, tú eres mi vida, en el día cuando viene la muerte. Eres mi guía. Caminaré seguro por la tierra tomado de tu mano. Eres mi todo, eres vida y luz. Señor Jesucristo, yo no te dejaré”. (Todos los derechos del autor)

Día 11

Sal. 65:9; Hch. 14:17

“Preparas el grano de ellos, cuando así la dispones”. También para nuestras tareas y responsabilidades deseamos naturalmente que todo “salga bien”, que todo prospere. Queremos edificar algo positivo y ver también frutos de nuestro empeño.

Pero nuestra “siembra” a veces es frenada duramente en el crecimiento. Conocemos los inesperados “cambios del tiempo meteorológico” en las relaciones, la “granizada” de palabras insensibles, la “invasión parasitaria” de celos o los “vientos huracanados” de la crítica destructiva. Lamentablemente por eso los buenos comienzos muchas veces terminan destruidos.

El profeta Isaías llegó a un punto así en su vida, cuando casi se quebrantó del todo. Lo describió así: “Pero yo dije: Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas”. Pero después escribió cómo Dios lo alentó y le dio una nueva perspectiva futura para todo el pueblo (lea Is. 49:4-6).

Sin la protección de Dios, sin Su intervención y Su bendición nuestras obras carecen de significado. El apóstol Pablo deja esa cuestión bien en claro, diciendo: “no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios” (2.Co. 3:5; lea Jn. 15:4,5; He. 13:20,21).

“Así dispones la tierra” (v.9b) ¿Acaso no es asombroso cómo Dios da crecimiento, aún bajo circunstancias adversas y a pesar de dura resistencia? Incluso el pequeño poder de sus siervos no hace la diferencia (comp. 2.Co. 12:9). Debemos saber que Dios mismo se preocupa por la edificación de su iglesia. Ella está “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Ef. 2:20-22; comp. Hch. 9:31).

Día 12

Sal. 65:10-13; 68:9,10

“Haces que se empapen sus surcos, haces descender sus canales; la ablandas con lluvias, bendices sus renuevos”. David habló de surcos, de terrones y de la tierra empapada por la lluvia. La humedad y la preparación del suelo son necesarias para que la semilla sembrada pueda germinar.

De igual manera acontecen las cosas en nuestra vida. En ciertas ocasiones Dios tiene que hacer surcos, lo cual duele bastante. Al remover la tierra, posiblemente llega algo a la luz, que se deba elaborar. Si nosotros permanecemos en buena comunión con Jesús, no debemos temer estas situaciones. Dios tiene el mejor conocimiento cómo tiene que trabajar el “suelo” de nuestro corazón, para que la semilla de Su Palabra pueda germinar y producir frutos en nuestra vida.

Pensemos, por ejemplo, en Saulo. Este fariseo muy estimado y ejemplar, al principio estaba muy equivocado. Él estaba convencido de agradar a Dios, persiguiendo a los cristianos. Pero cuando Jesús llegó a su vida, se produjo un tremendo cambio. (Lea Gá. 1:13-16)

¿Cómo se mostró (se muestra) la misericordia de Dios concretamente en mi vida? No precisamente tiene que ser tan dramático como en aquel tiempo con Saulo de Tarso.

“Tú coronas el año con tus bienes, y tus nubes destilan grosura”. Con estas palabras David llega al punto culminante y resume en una frase todo lo que había mencionado una por una de las obras de Dios. Nuevamente habla directamente a su Dios: “¡Tú coronas!” Dios da tantos bienes que aún en los últimos versículos del Salmo 65 no se pueden contar por completo.

La corona de sus bendiciones las podemos describir con las palabras de David en el Sal. 103: “Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias” (v.3,4; lea 1.P. 5:4; Ap. 2:10).